



FERROCARRILES ARGENTINOS. PUENTE SOBRE UNA LAGUNA

Algo semejante á la bandera que colocan las naciones civilizadas en países que sólo piensan colonizar más tarde.

¿Cuál podrá ser la longitud del alambre tendido sobre la superficie de la República? ¡Quién puede saberlo!... Sin duda, mucho más del que se necesita para dar varias vueltas á la redondez de la Tierra. Todos los días se desembarcan en la Argentina nuevos cargamentos. Este artículo es de incesante consumo. La propiedad se fracciona, y los dueños marcan las subdivisiones de la tierra con fuertes alambrados. Tal vez algún día sea tanta la cantidad de hilo de acero en el país argentino, que baste, según los calculistas, para formar una red en torno de nuestro planeta. Algo así como el tejido que sostiene las grandes pelotas de colores con que juegan los niños.

Defiende el alambre á las tierras de la invasión del ganado, y sirve, al mismo tiempo, para mantener á éste en seguridad. La agricultura parece desarrollarse más espléndida al otro lado de los hilos, casi invisibles, que dejan pasar el aire y la luz, pero detienen el paso del hombre.

Él ha contribuido, casi tanto como el riel, á suprimir las guerras civiles, modificando la vida de las campiñas y acabando con el gaucho malo. Al cerrar los campos, creó el camino, y donde hay camino y el jinete no puede marchar á su antojo, es imposible la vida de bandolerismo, con sus escapadas y sorpresas.

Las cercas y los caminos mataron igualmente las guerras del caudillaje. No serían posibles ahora en muchas provincias de la Argentina las antiguas cargas de los gauchos á campo raso. Sus caballos rodarían al encontrarse con la cuarta ó la quinta cerca. Esta necesidad de contar para la guerra con el camino y el alambre, imponiendo la necesidad de un plan de batalla, ha acabado con el guerrillero instintivo de otras épocas, que todo lo fiaba á las patas de su corcel y lo rígido de su lanza.

— ¡Pero el alambrado puede echarse abajo! — pensarán algunos.

Efectivamente: es fácil derribar un alambrado entero ó cortar sus hilos. Pero cabe decir acerca de esto lo que decía el granadero de Wartelóo, al contar el número de sus enemigos: «¡Son tantos! ¡Son tantos...!»

Un día, en la provincia de Jujuy, cerca de la frontera de Bolivia, pude darme cuenta de lo que representa el alambrado como obstáculo. Un batallón de infantería estaba ejecutando maniobras; pero



UN CORRAL EN UNA EXPOSICIÓN AGRÍCOLA

Algo semejante á la bandera que colocan las naciones civilizadas en países que sólo piensan colonizar más tarde.

¿Cuál podrá ser la longitud del alambre tendido sobre la superficie de la República? ¡Quién puede saberlo!... Sin duda, mucho más del que se necesita para dar varias vueltas á la redondez de la Tierra. Todos los días se desembarcan en la Argentina nuevos cargamentos.



BUENOS AIRES. ESCUELA «PRESIDENTE MITRE»

maniobras de verdad, sin otros espectadores que nosotros. Los soldados, divididos en dos unidades, combatían aprovechando las alteraciones del terreno. Yo me incorporé á un grupo de tiradores, mozos taciturnos, hijos del país, que con su faz pálida, sus ojillos un tanto oblicuos y su gorra de plato, recordaban á los infantes del ejército japonés. El pelotón de mestizos batíase en retirada, haciendo fuego para contener el avance del enemigo. Estábamos en una meseta limpia de obstáculos. De pronto, un alambrado. Lo saltaron los soldados ágilmente, teniendo para ello que abandonar el fusil, y recobrarlo del otro lado de la cerca. ¡Pérdida de algunos segundos! Cien metros más allá, otro alambrado. Volvieron á salvarlo, pero esta vez con menos ligereza. Á corta distancia, otro obstáculo. Y así fueron repitiéndose las cercas, dificultando la retirada. Los soldados ya no saltaban; introducíanse entre los alambres, insensibles á los pinchazos de sus púas, y algunas veces quedaban aprisionados por la mochila, semejante á la concha de un galápago, hasta que acudíamos en su auxilio.

Entonces pude ver lo que significa esta barrera casi aérea, que se confunde con el paisaje, que permanece invisible á cierta distancia, pero opone un obstáculo fatigoso é interminable á todo el que se aventura fuera del camino.

Se dirá que el que huye puede cortar los alambres. Si es jinete tendrá para ello que apearse y volver á montar, repitiendo la operación cada cien ó doscientos metros. Si mar-

cha á pie, no por esto perderá menos tiempo. Mientras él corta el obstáculo, el enemigo avanza, y cuando llega á la cerca se aprovecha de su trabajo, pasando adelante sin pérdida de minutos. Por grande que sea la ventaja del fugitivo, su perseguidor le habrá alcanzado al poco rato.

No; el tránsito es imposible á la larga, fuera de los caminos. En la nueva Argentina todos han de marchar por los espacios que marcó la ley. Terminó el vagabundaje. El gaucho malo no encuentra espacio para correr. Martín Fierro tendría ahora que volverse á su rancho para ser hombre de bien, so pena de que la policía le prendiese en una encrucijada sin esfuerzo alguno.

Al desaparecer los errantes aventureros de la llanura, han muerto las guerras provinciales por falta de voluntarios.

La propiedad, que era en otros tiempos una noción vaga, indigna de respeto, crece hoy y se afirma victoriosa tras las murallas de alambre tendido. Las bestias pacen en libertad, seguras de los cuatros. Los viandantes ya no marchan jornadas enteras sin ver un rostro humano; ya no se pierden en una llanura infinita, que toda ella era camino. Al avanzar entre alambres, por una ruta determinada, se encuentran, se acompañan y se auxilian, lo mismo que en los caminos de Europa.

Así fué vencido el salvaje abandono de la tierra y se fortaleció el principio de propiedad.

Esto ocurrió en la Argentina antes y después de alambrarse los campos.

Si en los tiempos presentes sintieran los hombres la necesidad de deificar todo lo que es útil para su existencia, como lo hicieron en los pueblos primitivos, la nación argentina levantaría altares á la gloria del riel, el vapor, el Remington y el alambre.

Ellos han transformado la vida y el aspecto del país mucho más que las revoluciones políticas y las frases retóricas y pomposas de los conductores de muchedumbres.

II

ORGANIZACIÓN DEFINITIVA DE LA NACIÓN

Salió el general Mitre de la presidencia cuando la guerra del Paraguay no había terminado aún y estaba latente en muchas provincias la lucha con el caudillaje. A esto se debió, sin duda, que su período de gobierno no fuese tan abundante en reformas como lo hacía esperar la gran cultura de este hombre público.

Jefe de un partido numeroso y conservándose sano y activo hasta una edad muy avanzada, el general Mitre fué objeto de la adoración del vecindario de Buenos Aires. Aconsejó á los hombres de la República en momentos difíciles; influyó con su palabra en la elección de presidentes; gozó de todas las ventajas y honores de una popularidad inmensa; pero, á pesar de esto, no volvió á ocupar la primera magistratura del país.

En Octubre de 1868 fué elegido, para sustituirle, el ilustre escritor Don Domingo Faustino Sarmiento, que se hallaba de representante diplomático en Washington.

Desde los tiempos de Rivadavia hasta esta elección, no había sido presidente de la República ningún hombre civil. Hay que advertir que Sarmiento tuvo en sus últimos años la debilidad de hacerse general, sin duda «por serlo todo en su patria». Fundándose en ciertas



BUENOS AIRES. COLEGIO «SARMIENTO»

campañas de su juventud como guardia nacional, en su actuación de cronista en el Estado Mayor de Urquiza, cuando éste derribó á Rosas, y en sus luchas como gobernador de San Juan, creyóse un guerrero y se adornó con la faja. Pero la posteridad no puede imaginarse á este vigoroso pensador, de potente y ceñuda testa, vistiendo un uniforme militar. Su túnica de inmortalidad es la levita, la pobre levita del maestro de escuela. Su mérito consiste en haber llegado á la presidencia de una gran República sin otras armas que la pluma y un programa de gobierno condensado en dos afirmaciones: «No hay libertad donde el pueblo es ignorante». «Tened escuelas y no habrá revoluciones».

Una de las glorias más grandes de la República Argentina estriba en haber elevado á su primera magistratura á un maestro de escuela. Ninguna nación puede alabarse de lo mismo. El estado de cultura de la Argentina actual y el respeto con que atiende á la enseñanza, considerándola como una de las primeras necesidades públicas, dan á entender que un educador ilustre ha pasado por la más alta de sus posiciones oficiales.

Cuando Sarmiento ocupó el poder estaba convencido por la experiencia de que en un pueblo joven la más importante de las funciones es la educativa. Había que levantar un Estado nuevo en terreno virgen, y la educación equivalía al más firme de los cimientos.

Los problemas políticos, religiosos y sociales, todo cuanto puede alterar y preocupar la vida de un país, lo resolvía Sarmiento aplicando el mismo remedio infalible: «¡La escuela! ¡Siempre la escuela!»

Por sus bizarrías de escritor genial, por las originalidades de su carácter independiente,